María, auxilio de los cristianos. Vamos a rcordar la batalla de Lepanto, y en ella la gran victoria cristiana como obra de la Virgen María.

El sultán turco Selim II quería conquistar Europa para someterla a la ley de Mahoma, y empezó atacando la isla de Chipre que pertenecía a los venecianos. El Papa Pio V reconociendo el peligro que amenazaba a toda la cristiandad, pues Solimán el Magnífico juró entonces acabar con ella, intentó unir a los príncipes cristianos en una alianza dirigida contra los turcos.

Los desvelos del papa no alcanzaron mucha fortuna, y sólo las escuadras españolas y venecianas, bajo las órdenes de Don Juan de Austria, hijo de Carlos V (era el domingo, 7 de octubre de 1571) se alinearon en Lepanto contra los turcos. la armada de estos, muy superior por el número a la cristiana se dispuso, formando una media luna. El viento les era favorable.

Entonces su alteza don Juan de Austria mandó enarbolar un crucifijo y las imágenes de la Virgen, y al comenzar el combate, cambió el viento a favor de los cristianos. Seis de nuestras naves rompieron el círculo que formaba la arma-

da enemiga. Embistiéronse con furia unas contra otras, y la capitana turca, y un soldado español mató con su espada al capitán, jefe de los turcos, le arrebató la bandera y le cortó la cabeza. Con esto se decidió para los cristianos la victoria, quedando desecha la armada turca, recobrando la libertad más de veitne mil cristianos.

Se dice que San Pio V, arrebatado en éxtasis, lo supo desde Roma, y no dudó en señalar el Rosario como factor decisivo, pues no sólo en la ciudad, sino también, al mismo tiempo, se rezaba en muchas partes del orbe. Instituyó entonces la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria, el 7 de octubre, que años más tarde Gregorio XIII llamó del Rosario.

145

Imitemos a la Virgen. Una joven escribió cierto día a su madre: «Querida madre: Desearía en gran manera tener un espejo para el tocador». La joven recibió de su madre esta respuesta: «Querida hija: Te mandaré el espejo que me pides; sólo que en lugar de uno, recibirás tres: En el primero verás lo que eres, en el segundo lo que serás, y en el tercero lo que debes ser».

Llegó una caja y, encerrándose en el cuarto, la chica se dio prisa en abrirla. Lo hizo con precaución y halló un modesto espejo que le mostró lo que era; su juventud, su belleza. Abrió el segundo paquete y encontró... un cuadro que representaba una calavera; otro fiel espejo de lo que había de ser un día. Quedábale el tercer paquete; abrió la cajita y encontró una imagen de la Inmaculada. «He aquí lo que debo ser y lo que seré con la ayuda de Dios», pensó.

Imitemos todos a la Virgen, copiemos sus virtudes y tengámosle gran devoción, pues, como nos dice San Alfonso María de Ligorio: «Es imposible moralmente hablando que el verdadero devoto de María, se condene».

146

La Iglesia y el Papa

La Iglesia es la comunidad de los fieles cristianos de todo el mundo que profesan la misma fe y obedecen a un sola Cabeza común que es el Papa.

Pio XII dijo que lo más excelente, egregio y divino que se puede decir de la Iglesia es deno-

minarla «Cuerpo místico de Cristo». Y esta es al doctrina de San Pablo, quien nos dice que la Iglesia, sociedad de los fieles cristianos, es el Cuerpo de Cristo. Cristo es la Cabeza y nosotros somos los miembros (1 Cor. 12,1-11).

La Iglesia es la gran obra de Jesucristo. Él empezó a fundarla con sus discípulos, de entre los cuales eligió a doce, a los que llamó apóstoles (Lc. 6,12-13) y les dio la misión de predicar el Evangelio en todo el mundo (Mc. 16,15; Mt. 28,19-20). El apóstol Pedro fue el primer Papa. Desde Pedro a Juan Pablo II ha habido 264 Papas.

147

El camino del *Cardenal Newman* a la Iglesia fue así: Por el estudio de la historia, sobre todo de la del cristianismo primitivo, de su doctrina y sus instituciones, pasó del anglicanismo a la convicción de que solamente la Iglesia católica está unida sin interrupción con la manifestación de Cristo. «Adentrarse en la historia —escribió— significa dejar de ser protestante».

148

Napoleón estaba una noche abismado en sus pensamientos, sentado sobre una roca de la costa de Santa Elena. Desde la torre de la cercana iglesia llegó la campana que tocaba el ángelus. Napoleón bajó la cabeza y permaneció callado largo rato. Después levantó la vista y, con solemnidad, dijo a su acompañante: «Los pueblos pasan, los tronos se hacen añicos, mas la Iglesia Católica perdura para siempre».

149

En tiempos de la persecución anticatólica desencadenada en Prusia (1874) por Bismarck, un periódico alemán gastó al «Canciller de Hierro» la siguiente broma: Un artista dibujó en la pared una iglesia, la del Vaticano, con gruesas maromas alrededor de ella y el señor Bismarck con sus seguidores haciendo esfuerzos para derribarla o, más bien, para arrancar de cuajo el edificio, tirando de las maromas con toda su fuerza.

El demonio, que ha estado observando todos sus esfuerzos, se acerca y le increpa: —¿Qué estás haciendo aquí? —Estoy intentando derri-

bar la Iglesia. ¿Cuánto tiempo crees que emplearás en tal obra? —Tres o cuatro años.

¡Hola!, le contesta el diablo: Mil ochocientos hace que estoy ocupado yo en la misma faena y no lo he logrado aún!

La promesa de Jesucristo permanece en pie: *«Las puertas del infierno* (las herejías y persecuciones) *no prevalecerán contra ella... Yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos».*

150

En una audiencia dada a un Colegio romano preguntó el papa Pio X a un seminarista: «¿Cuántas notas tiene la Iglesia verdadera de Cristo?». _Cuatro, padre santo. Es una, santa, católica y apostólica. «¿No tiene más que estas cuatro?» Y «romana» añadió el seminarista. Justo, pero ¿cuál es la nota más evidente? Todos callaron.

Pues bien, os lo voy a decir: «Perseguida». Jesucristo nos lo dice en el Evangelio: *«A Mi me han perseguido a vosotros os perseguirán».* La persecución es para los católicos el pan nuestro de cada día: ésta es la señal de que somos verdaderos discípulos de Cristo.

151

Como pruebas en favor de la Iglesia verdadera, tenemos los millones de confesores de la fe y de los mártires, que han derramado su sangre por confesar a Cristo a partir de los apóstoles y de las primeras persecuciones que empezaron con Nerón y culminaron en Diocleciano y Juliano el Apóstata y las innumerables de todos los siglos hasta llegar a nuestra Cruzada Nacional en la guerra de la liberación española, que comenzó en 1936, en la que sufrieron el martirio doce obispos, unos cinco mil sacerdotes y más de dos mil religiosos, y fueron asesinados más de trescientos mil seglares...

Del Generalísimo Franco son estas palabras: «Ni una adjuración, ni una apostasía, ni una frase de rencor, sólo perdón generoso tuvieron ante la muerte y escribieron páginas indescriptibles de heroismo y de virtud aquellos santos prelados, sacerdotes y seglares, hermanos nuestros en la fe de Cristo, que aceptaron serenos el más brutal de los martirios, pidiendo a Dios por sus verdugos».

152

El único monumento que se ve aún hoy en una plaza de Constantinopla (Estambul), es el del Papa *Benedicto XV.* Fue erigido con los donativos de todas confesiones allí representadas, excluidos los católicos; es al expresión de gratitud que sienten los no católicos hacia el Jefe de la Iglesia católica por su actividad durante aquella gran guerra; una actividad que no se detuvo ante los límites de confesiones, naciones o razas.

Al Papa Benedicto XV se le llamó el papa de la paz, y cuando iba a morir dijo: «Ofrezco con gusto mi vida por la paz del mundo». El 21 de enero de 1922, a las 4 de la tarde, momentos antes de su muerte, se incorporó para dar su bendición papal, trazando una gran cruz sobre el mundo sin paz y tan necesitado de ella.

En el Congreso de la Paz celebrado en Londres en 1924, un congresista que no era católico, exclamó: «Nómbrenme ustedes a un hombre que haya hecho tanto por la paz del mundo como el papa». Esta expresión es la que podemos aplicar a Juan Pablo II, porque sin duda, nadie como él está trabajando por la paz mundial.

153

Un día monseñor Fellice, vicario apostólico de Noruega, se vio interpelado por un protestante que hizo esta pregunta: ¿Existe aún el Papa?

Asombrado el vicario de aquella interrogación, le respondió: Naturalmente. Pero ¿a qué viene esa pregunta? Yo soy protestante, le respondió su interlocutor; pero desde este momento le ruego que me admita entre los católicos, porque dijo nuestro fundador, Lutero, que él sería la muerte de los papas. Ahora bien, Lutero murió y el Papa sigue aún existiendo; luego Lutero fue un poco loco o un mentiroso. Dios no habría elegido a un loco o a un mentiroso para reformar la Iglesia. por esto desde ahora, yo y mi familia volvemos al catolicismo.

¡El Papa existe y existirá hasta el fin del mundo, porque es promesa de Jesucristo que no puede fallar!

154

En tiempos de acusado anticlericalismo en Italia, don Bosco, encargado por la Santa Sede de sondear la opinión de la corte, se halló en un

banquete diplomático en que los comensales se despachaban a su gusto. Las cosas empezaban a tomar mal cariz. Entonces el santo se levantó para brindar:

_Brindo por los señores ministros y por su majestad el rey, el cual es soberano bajo la soberanía espiritual del Papa. _Todos rieron y aplaudieron la salida, y la misión pontificia que llevaba dio un paso decisivo.

155

En una audiencia concedida por Pio XII tuvo lugar una escena paternal, tierna, emotiva, que conmovió profundamente las almas blancas de los niños cristianos negros. _Durante la audiencia papal, un niño senegalés, viendo que todos se postraban a besar el anillo del Papa, mostró impacientes deseos de hacerlo él también. Pio XII le tomó en sus brazos, entre los que el niño seguía buscando su mano con el anillo, y le dejó que la tomase y la besase.

_«Bendigo en él, exclamó conmovido el santo Padre, a toda el Africa negra». Una salva de aplausos rubricó sus palabras. Los negros no olvidarán nunca esta escena, que venía a demos-

trarles que para el Papa y la Iglesia no existe la barrera de las razas.

156

Napoleón, durante su lucha contra Pio VII dijo un día al Arzobispo de Torus, Mons. Borral: «Querido primo, la Iglesia puede estar muy bien sin el papa, ¿verdad?». «Ciertamente, contestó atinado el Arzobispo, lo mismo que el ejército sin Napoleón». Ninguna sociedad puede permanecer sin autoridad, y menos la Iglesia Católica, que goza de la promesa de Cristo. Como dijo Rousseau: «Quien dice «Papa», dice «autoridad».

157

El Papa ha gozado siempre de prestigio y de gran autoridad. en otoño de 1931 el socialista francés *Albert Thomas* fue a Roma para asistir a un Congreso internacional. Deseaba ver al Papa, mas el tener que hacer una genuflexión más o menos profunda ante el Papa, según prescribía el ceremonial, le venía muy cuesta arriba. Obtuvo un certificado médico de que una herida le aquejaba en la rodilla. Vio al Papa. La audiencia se alargó hasta llagar a tres cuartos de hora. Por fin,

Thomas se levantó como avergonzado: «Perdone Su Santidad por haberle entretenido tanto tiempo».

«No, no, interrumpió el Papa. Diga Vd. a sus amigos que yo estoy aquí para todos los hijos de la Iglesia y que a todos profeso el mismo amor». Albert Thomas sintió llenársele los ojos de lágrimas, y siguiendo un impulso repentino, se arrodilló para besar el anillo del Papa. Entonces el Pontífice le dijo con suave sonrisa: «Doy gracias a Dios de un modo especial por haber curado del todo la rodilla de usted».

158

En diciembre de 1845 el zar *Nicolás I* visitó con gran pompa a Gregorio XVI, en Roma. El zar, que maltrataba a Polonia a causa de su fe católica, quiso desmentir este hecho ante el mundo con visitar al papa. Gregorio XVI recibió al zar con muchas atenciones y le habló de la injusticia infligida a la católica Polonia. El zar balbuceó algunas excusas y prometió mandar hacer una encuesta referente al caso. El Papa le respondió: «Pronto voy a comparecer ante el Tribunal de Dios. Vuestra Majestad me seguirá pron-

to. Dios pronunciará el juicio definitivo sobre nosotros».

En el momento de partir, el zar, profundamente emocionado, besó la mano del Papa. Al volver a Rusia, se detuvo el zar en Viena. Allí le preguntaron: «¿Qué tal le pareció a su Majestad el padre Santo? Nicolás I respondió: «Me pareció exactamente tal como me figuraba yo a un Papa».

159

El Decálogo o Mandamientos de Dios

Los mandamientos de Dios son el fundamento de toda la moral individual y social. El autor de los mandamientos es el mismo Dios, que los imprimió en la conciencia de todo hombre (Rom. 2,14-15); los promulgó en el monte Sinaí (Ex. 1-17), y Jesucristo los confirmó al decir: *«No he venido a abrogar la ley, sino a perfeccionarla»* (Mt. 5,17).

El Decálogo, pues, contiene la ley de Dios, y por ser divina es eterna, que no cambia como las leyes humanas, y por lo mismo es tan antigua como el hombre pero no anticuada, sino de suma actualidad por ser la palabra de Dios.

160

San Francisco Javier, en una carta que escribió desde el Japón a los Padres de la Compañía en Roma, que él «insistía en enseñarles el Decálogo, mostrándoles que la ley de los cristianos se contenía en aquellos diez mandamientos, para que todos (como era razón) observasen y guardasen las cosas contenidas en ellos; y quien las cumpliese se salvará y será buen cristiano; y por el contrario, quien las quebrantare, ni será buen cristiano ni se salvará, si no hicieren verdadera penitencia. Están muy admirados así cristianos como gentiles de ver cuán santa y recta es la ley de Jesucristo, y cuan conforme a toda la razón natural».

Por el camino de los diez mandamientos se llega a la salvación eterna. Así lo dijo Jesucristo: *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

161

Tres cosas son necesarias para la salvación del hombre: la ciencia de lo que ha de creer; la

ciencia de lo que ha de desear, y la ciencia de lo que ha de obrar. Lo primero se enseña en el Credo..., lo segundo en la oración dominical. Lo tercero en la ley o mandamientos divinos (Santo Tomás).

El Decálogo es el código perenne del progreso, fuera de él no hay más que barbarie, aunque esté oculta con todos los esplendores de la más refinada cultura» (Vázquez de Mella).

162

Un catequista en una escuela de Viena invitó al hijo de un socialdemócrata a recitar el Decálogo. El muchacho le contestó: «No se los diez Mandamientos; mi padre me dijo que no había necesidad de que los aprendiera». Después de unos días el muchacho hurtó a su padre una suma crecida de dinero. Los compañeros del padre, que conocían la respuesta del muchacho, no pudieron menos de observar: «Quizás habría sido conveniente que tu hijo hubiese conocido por lo menos el séptimo mandamiento».

163

El explorador *Stanley* refiere que en el corazón de África tuvo ocasión de dar a conocer el Decálogo a un rey de una tribu indígena. El rey, al oírlo, le dijo: «Escucha, quédate aquí y enseña esta gran oración también a mi pueblo; si los muchos de mis súbditos me conocen y siguen esta oración, yo seré el primer rey del mundo».

164

El gran astrónomo francés *Arago* dio una conferencia en el Collège de France sobre las leyes del universo. Concluyó con estas palabras: «La próxima semana habrá un fenómeno en el firmamento, que también se verá desde París. La luna entrará en conjunción con el sol, y la tierra interceptará los rayos del astro rey. En ese día, en esa hora, en ese minuto, en ese segundo, tres potentes cuerpos siderales obedecerán, no a nuestra predicción, sino al mandato de Dios. Solamente son los hombres los que no quieren obedecer».

165

Fue Cervera, el gran admirante, que cerró heróicamente la dominación de España en América. Algunos años más tarde moría aquel anciano almirante.

Le rodearon en el lecho sus muchos hijos, no menos valientes y católicos que él. En aquella hora, cuando se despedía y quería dejar algún recuerdo a la posteridad, dijo estas palabras: «Hijos míos, ante todo guardad los mandamientos de la ley de Dios. El pueblo que guardara esos mandamientos sería el pueblo más feliz de la tierra».

Hoy existen miles de leyes en las naciones con las que sus gobiernos quieren implantar el orden y en ellas a diario se cometen crímenes, asesinatos y robos... En contraste tenemos diez frases cortas, los diez mandamientos de la ley de Dios, y una vida feliz.

166

Un hipócrita pirata de los negocios se creyó en la necesidad de decir un dia a Mark Twain: «Antes de mi muerte pienso hacer una peregri-

nación a Tierra Santa; quiero subir a lo alto del monte Sinaí para leer en voz alta los diez mandamientos». —Podría hacer usted una cosa mejor todavía, replicó Twain: «quedarse en su casa de Boston y guardarlos». Esto es lo esencial.

167

San Juan Bosco contestó así a unos que le preguntaron cuáles serían los números premiados en una lotería: «Tomad estos tres números: el 10, el 5 y el 14. La suerte es segurísima». Cuando, satisfechos los consultantes, se despedían del santo, éste añadió: «Voy a explicaros mi adivinación: el número 10 son los mandamientos de la ley de Dios; el 5, los de la Iglesia; y el 14, las obras de misericordia. Jugad siempre estos números y seréis afortunados en esta vida y en la otra».

168

Mandamientos de la Iglesia

Un cortesano dijo cierto día delante del rey Luis XVI que se podía comer tranquilamente carne los días de abstinencia, porque los precep-

tos de la Iglesia son preceptos dados por hombres. Mas el rey contestó: «No he visto todavía un hombre que infrinja los preceptos de la Iglesia y guarde los mandamientos de Dios».

Muchos no se dan cuenta que la Iglesia nos da sus mandamientos para que cumplamos mejor los de la ley de Dios, pues Ella no hace otra cosa que *aclarar y precisar o determinar el modo* como hemos de observarlos mejor. Ejemplo: Dios nos manda en el tercero: «santificar las fiestas», y la Iglesia dice «cómo se deben santificar», y concreta diciendo que oyendo el santo sacrificio de la Misa, por ser el culto más santo y saludable, por cuanto en él se renueva y se actualiza sacramentalmente el sacrificio del Calvario para aplicarnos los méritos de la redención. Despreciar los mandamientos de la Iglesia es despreciar a Jesucristo, que la fundó, y así nos dice: «*El que a vosotros oye, a mi me oye, y el que os desprecia, a mi me desprecia*» (Lc. 10,16).

169

El general *Drouet* dijo un día: «Yo observo los preceptos de la Iglesia, porque ésta recibió el poder de mandar a los fieles como yo he recibido

del emperador el poder de mandar a mis artilleros».

La Iglesia para iniciar la obligación grave de observar estos preceptos, dijo en el Concilio de Trento: «Quien dijera que el hombre justificado... no está obligado a guardar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, sea anatema».

170

Una señorita estaba sentada a la mesa, en una reunión numerosa. El dueño de la casa no tuvo en cuenta que aquel día era viernes. Sirviéronse platos exquisitos, mas la señorita no tomaba carne, sólo comía algunas legumbres. Un señorito elegante le preguntó: «Señorita, ¿no come usted carne?». «No, prefiero otra cosa». «¿Dónde se educó la señorita si se puede saber». «En el Instituto del Sagrado Corazón». «Y allí ¿no aprendió usted otra cosa que obrar de una manera completamente distinta de los demás?». «Ah, aprendí otra cosa; por ejemplo, que un caballero distinguido e instruido respeta las convicciones de los otros y no las critica en sociedad». Todos habían oído el diálogo. El señorito se calló.

En verdad, no respetar los mandamientos de

la Iglesia es una señal de poca obediencia a lo que ordenó Jesucristo.

171

Galeno, médico de los emperadores Trajano y Antonino, vivió, según los relatos antiguos, mucho más de cien años. Preguntado a que se debía el haber alcanzado una edad tan avanzada, contestó: «Lo debo a la costumbre de no levantarme de la mesa hartado». Hemos de tener todos presentes el dicho de Séneca: «Hay algunos que viven para comer; pero yo como para vivir».

172

La blasfemia

La blasfemia deliberada es la más grave ofensa al nombre santo de Dios. Es un pecado gravísimo que sólo la ignorancia puede excusar. En el Levítico se nos narra cómo en el pueblo de Israel se castigaba al reo de blasfemia: Un hombre de padre egipcio riñó en el campo con un israelita y

maldijo el nombre de Dios. Fue encarcelado hasta que Moisés de parte de Dios, pronunciase lo que había de hacerse. Y Dios mandó sacar del campamento al blasfemo y toda la asamblea lo apedrease (Lev. 24,16).

La blasfemia es el lenguaje del infierno. San Jerónimo, oyendo a uno que blasfemaba, le reprendió, y como le preguntasen porque se metía con él, les dio: «Los perros ladran en defensa de sus dueños, ¿me callaría yo cuando oigo blasfemar el santo nombre de Dios? ¡Podré morir, pero no callar!».

173

Cuenta San Gregorio Magno que en sus tiempos había en Roma un niño de unos seis años de edad que blasfemaba como un demonio por la menor cosa que le hiciesen. Un día, mientras su padre le tenía en sus brazos, el niño blasfemo gritó, temblando todo él: —Padre, defiéndeme, pues veo venir un animal que me quiere llevar. Y profirió una terrible blasfemia. Aquella fue la última, porque al instante murió. Lloró aquel padre por no haber corregido nunca al hijo, aún tan pequeño y ya tan gran pecador.

174

En una hostería de una villa suiza, un joven llamado Juan Ritter se las daba de blasfemar más que nadie de los allí presentes y, acometiendo a cualquier compañero, lanzaba las más horribles blasfemias.

Todos los presentes permanecían aterrorizados cuando, de repente, nadie pudo oír ya más su voz, quedó mudo; el infeliz gesticulaba y agitaba la lengua, había perdido el habla, que ya no recobró jamás.

175

Un religioso lego encontró por un camino a un obrero que blasfemaba horrorosamente, y le preguntó: Buen hombre, ¿venís por ventura del infierno?

No entendió el blasfemo la indirecta y pidió explicaciones. Díjole entonces el religioso: Yo hablo español, porque soy de España. Cuando oigo hablar en italiano, pienso que quien así habla procede de Italia, como procede de Francia quien habla francés. Mas cuando oigo blasfemar me imagino que oigo a algún escapado del infierno,

porque la blasfemia es el lenguaje oficial de aquel país.

176

Allá por el año 1882 toreaba en la plaza de Madrid el famosísimo Rafael Molina «Lagartijo». Junto a la puerta de entrada se habían quedado formando corro varios banderilleros de diferentes cuadrillas. Uno de los peones de la lidia, en una exclamación espantosa, lanzó una blasfemia horrible. Al oírle Lagartijo, se dirigió al imprudente blasfemo y le dijo:

Oye, tú, ¿con que cara te presentarías delante de este divino Señor que acabas de insultar si te cogiera un toro esta tarde? —El banderillero, con visible emoción, balbuceó torpemente algunas palabras de escusa, y en cuanto presenciaron la escena no dejaron de hacer impresión las palabras del maestro.

177

En Namur (Bélgica) un niño de 10 años que frecuentaba las Escuelas Cristianas tenía, por desgracia, un padre blasfemo. Un día el niño

volvió a casa más tarde de lo acostumbrado, lo que bastó para que el padre desencadenase las más bárbaras blasfemias. El niño, horrorizado, se postró de hinojos ante el padre y exclamó entre lágrimas: «Si quiere, pégueme; estaré contento; mas no ¡maltrate el santo nombre de Dios!».

La lección sirvió, y el blasfemo, habiendo reflexionado un poco, desde aquel momento no volvió a blasfemar.

178

El diario «La voce d'Italia» del 7 de mayo de 1902 daba la noticia de que en Génova, junto a la iglesia de San Teodoro, un individuo no permitía la entrada de las personas en aquel templo y echaba terribles blasfemias contra ellos y contra la Virgen y Dios.

De súbito, el blasfemo enmudeció, palideció y cayó al suelo como fulminado. Fue a socorrérsele, mas el desgraciado estaba ya muerto.

179

En una reunión en que el orador quería pro-

bar que la existencia de Dios no es más que un mito, aquel terminó diciendo así: Y ahora mismo, que un ángel de vuestro Dios descienda del cielo y castigue mis blasfemias.

Aún no había pronunciado la última palabra cuando se levantó uno de los oyentes, que era el herrero del pueblo, y, encarándose con el blasfemo, le dijo: No vale la pena molestar a los ángeles para una cosa tan sencilla, de la que yo mismo puedo encargarme. Y, diciendo y haciendo, se dirigió al blasfemo y de un manotazo le hizo rodar del estrado abajo.

180

Nos lo cuenta el gran poeta de Cataluña, Joan Maragall. Volvía de Francia, y en el mismo departamento de un coche de primera viajaban con él tres caballeros franceses. Los frenos del tren apretaron fuertemente las ruedas... estaban en la estación. En aquel momento un empleado del ferrocarril, con voz lenta y sonora, cantaba: «Irún...». Y en aquel mismo instante estallaba en el andén una asquerosa blasfemia.

Uno de los caballeros franceses se volvió a sus compatriotas y, con sonrisa burlona, les dijo:

«Una blasfemia... Estamos en España». Y dice Maragall, que era un gran patriota: «Entonces sentí vergüenza de ser español».

181

M. Magdalena Postel, siendo niña, contemplaba sin temor, y hasta con profunda alegría la tempestad. Y al oír un trueno tremendo empezó a aplaudir: «¿Cómo es que te alegras tu cuando todos tiemblan?», le preguntó su madre. «Me alegro, contestó la niña, porque ahora no se injuria tanto a Dios. Ahora los hombres malos no se atreven a blasfemar su santo Nombre. Quisiera que siempre hubiese rayos y truenos». Y casi nonagenaria, repetía aún la Fundadora, dirigiéndose a sus hijas: —Entonces los impíos temen el castigo de Dios, y por lo menos durante la tempestad no blasfeman».

182

Don Eustaquio Nieto y Martín, cuando era obispo de Sigüenza, visitó en 1922 a Su Santidad el papa. Al darle cuenta personalmente del estado de su diócesis, y declararle que, según los

informes de casi todos los párrocos, el vicio más general era la blasfemia, sintió tal vergüenza que se sonrojó. El Pontífice, alentándole le dijo: «Esta es una desgracia universal, Sr. Obispo; pida al Señor en sus oraciones y emplee los medios que le sugiera su celo para que desaparezca de su diócesis esa plaga, que tanto degrada al hombre».

183

Sardá y Salvany cuenta el caso de un General que tenía el vicio de blasfemar. Cayendo enfermo fue cuidado por una Hermana de la Caridad. Esta le pidió que en señal de agradecimiento por sus servicios dejase de blasfemar. El General no quiso prometérselo, por temor de no saber cumplir. Entonces la Hermana le pidió que cada vez que soltase una blasfemia le diese cinco pesetas para los pobres. El General lo prometió, y cumplió. Pero como el blasfemar le iba resultando más caro que los gastos de su enfermedad, empezó a dominarse. Llegó un día en que no tuvo que dar una sola peseta a la Hermana, la cual obtuvo entonces de él palabra de honor de que no blasfemaría más.

Todos los blasfemos debieran reflexionar sobre la malicia de la blasfemia y poner los medios para quitar tan fea costumbre, pues además de ser una gran ofensa a Dios es una falta de cultura y educación. También se debe evitar toda maldición o escarnio de la religión.

184

Pasaron 120 años sin que *Mesina* hubiese padecido ningún terremoto. En Navidad de 1908 una publicación marxista se permitió insertar la siguiente broma: «Niño Jesús, envíanos de nuevo, si es que puedes, un terremoto». Esto fue el 24 de diciembre. El 28 fue el espantoso «terremoto de Mesina»; en pocos minutos murió una tercera parte de los habitantes, el incendio que siguió al terremoto destruyó casi toda la ciudad. Entre los escombros se encontraron jirones del periódico blasfemo.

185

El 14 de junio de 1933 había de pasar por las calles de *Nantes* la procesión del Corpus. El

periódico comunista «Travailleur» invitó a los padres de Nantes a protestar contra la procesión mediante una excursión en vapor. En el interior del buque se colocaron banderitas y letreros burlándose de la procesión. El vapor se hundió, y de los centenares de personas sólo poquísimas pudieron ser salvadas.

186

Cuando *San Policarpo,* obispo de Esmirna, fue llevado al suplicio, díjole el proconsul romano: «Maldice de tu Cristo, y al momento te pongo en libertad». Y el santo, ante esta propuesta diabólica, levantó los ojos al cielo y con un gran suspiro exclamó: «Hace ochenta años que sirvo a mi Señor Jesucristo y ahora ha de blasfemar de Él¿ ?Qué mal me ha hecho? ¡El es mi Dios, mi Salvador, mi Soberano Bienhechor!...». Y Policarpo murió mártir, bendiciendo el santo Nombre de Dios.

El blasfemo hace peor que un perro que muerde la mano de su dueño y bienhechor. ¡Se sirve de la boca y la lengua, que Dios le ha dado, para maltratarle!... ¿Se puede dar peor ingratitud?

187

Santificación del domingo y días festivos

El domingo y días festivos se santifican oyendo la santa Misa y no trabajando sin necesidad en ellos, o sea, abstenerse de trabajos corporales.

Un lugareño araba su campo en domingo, mientras el vecino se dirigía a la parroquia a oír la santa Misa. El que no respeta la santidad del día se permitió unas chanzas con el fervor y devoción del vecino; pero éste, tan avisado e ingenioso como cumplidor de sus deberes, le contestó: «¿Qué dirías, amigo, si tuviese 7 escudos de oro, y diese 6 a un pordiosero, con quien me tropezase, por azar, en el camino?». El campesino se rió, y le dijo: «diría que eres muy dadivoso».

El vecino prosiguió: «¿Qué dirías, si aquel pobre, en vez de mostrarse agradecido, me hurtase la séptima moneda?». El rústico contestó: «Diría que el tal mendigo era el más ruin bellaco que conocí, y que excelente cosa sería ahorcarle». Rióse ahora el piadoso vecino, diciendo: «Tu mismo te has juzgado: los seis días de la semana te los concede Dios para beneficio tuyo, pero el

séptimo se lo guarda: éste es el día del Señor. Tu te robas el séptimo también: eres aún de peor condición que aquel mendigo» (Esta historia la refiere el escritor L. Veuillot).

Quien profana el día de fiesta, procede como un ladrón, porque hurta a Dios la honra que le debemos. Trabajo en día festivo no fructifica.

188

Un judío cayó en un hoyo un día de sábado. Algunos cristianos acudieron a salvarle con cuerdas y escaleras, pero no admitió el auxilio de aquellas buenas gentes, porque para él era día de fiesta. Enojados los cristianos, se pusieron de acuerdo para no sacarle de la fosa el domingo, y cuando el judío se lamentaba, le contestaron: «Hoy es domingo y los cristianos hacemos fiesta».

Acaeció este hecho en Inglaterra, el año 1270, reinando Enrique III. El judío se llamaba Terbsbutti).

Es cosa de risa negarse a trabajos indispensables alegando la festividad del día. Ya dijo Jesucristo: «El sábado se hizo para los hombres y no los hombres para el sábado» (Mc. 2,27).

Nota: En domingo se puede trabajar, cuando hay causas justificadas, como los panaderos, si urge la necesidad y no se puede hacer el día anterior, y hasta no ir a Misa si hay que apagar un fuego entonces, o evitar un daño que amenaza, o cuidar enfermos, si no hay otros que puedan hacerlo o turnarse cuando no hay más que una Misa... En este día estaría bien hacer más obras de caridad que en otros días, visitar enfermos, leer la Biblia u otros libros piadosos.

189

Cristóbal Colón, el descubridor de América, santificaba las fiestas muy devotamente. Mandaba a las tripulaciones que holgasen, y que los navíos permaneciesen los días de fiesta en quietud; con tantos himnos y oraciones parecían los buques capillas flotantes. Dios le mandó muchas bendiciones: tuvo la gloria de ser el descubridor de un nuevo mundo.

190

Si apreciamos la santa Misa nos sentiremos impulsados a dar la razón a aquel incrédulo que en cierta ocasión se dirigió a un creyente y le dijo: —¿Es usted católico? ¿Va a Misa todos los

días? No, no tengo tiempo. Ni me obliga mi religión. Voy sólo los domingos y fiestas de guardar.

El incrédulo prosiguió: «¿Cree de veras que en la Misa está Jesucristo presente? ¿El Redentor que murió por usted en la cruz? ¡Claro que lo creo!

Pues si yo lo creyera asistiría a Misa todos los días.

191

Algunos años antes de la primera gran guerra, Pétain recibió de la superioridad el aviso siguiente: «Mi coronel, nos informan de que varios oficiales de su regimiento se toman la libertad de oir Misa con el uniforme. Semejante transgresión del reglamento no se puede tolerar. Sírvase comunicarnos los nombres de los susodichos oficiales».

La respuesta no se hizo esperar: «Mi general, es cierto que varios oficiales de mi regimiento se toman la libertad de oir Misa llevando uniforme. Entre ellos se encuentra el coronel, pero como éste acostumbra a ponerse en primera fila, ignora los nombres de los que se colocan detrás».

En primera fila para comulgar y en primera fila para salvar la patria. Siempre lo mismo. Del hombre religioso nace el héroe.

192

El mariscal Foch, que impuso la paz a Alemania, era un fervorosísimo católico y no perdía la Misa ni en los días de mayor preocupación ante el enemigo. Un día a las seis de la mañana, llegó al frente el presidente. Dirigióse a la tienda de Foch y preguntó a sus ayudantes: ´¿Dónde está? —Oyendo Misa; pero lo llamaremos enseguida, si su excelencia lo desea.

¡No, no! Bien nos va con la Misa y el mariscal que la oye, porque interviene ante Dios en bien de nuestra causa, replicó el presidente.

193

Por el año 1831, un joven estudiante de la Sorbona, agobiado por el dolor de ver a su patria oprimida, entró en una iglesia a buscar remedio a su pena. Entró y, ¡o, espectáculo consolador!, en un ángulo del templo vio en actitud de oración devotísima a un ilustre hombre. Era Ampère, el

descubridor de la teoría electrodinámica, que humildemente se entretenía con su Dios.

Su vista indujo a nuestro hombre a animarse a ser fuerte y valeroso en la fe y a luchar por la religión. ¿Quién era ese joven? Federico de Ozanam, que llegó a ser uno de los más grandes hombres del siglo XIX: el fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Este hombre dejó escrito: «El modo de hacer economía de tiempo es «perder» todas las mañanas media hora para oír la santa Misa».

194

Se refiere de Felipe II que, yendo un día de fiesta de Madrid al Escorial con motivo de una grave urgencia, tuvo que detenerse en Galapagar por haberse desherrado una de las mulas del coche. El cochero pidió permiso al rey para detenerse mientras herraban la mula, y el rey, apeándose del carruaje, le dijo: «Antes hay que hacer otra cosa». Y se dirigió en persona a casa del señor Cura para solicitar permiso de que el herrador trabajase en domingo.

195

Enrique III, rey de Inglaterra, solía oír todos los días la santa Misa, y si le era posible oía más de una. Una vez uno de sus consejeros le hizo esta observación: Majestad, ¿no sería mejor una predicación que la Misa? El rey respondió: Yo prefiero ver a mis seres queridos, mejor que oírles hablar.

Quería decir: «En la predicación se me habla de Jesucristo; en la Misa estoy cerca de Él y le veo con los ojos de la fe».

196

Un joven católico vivía lejos de sus familiares, en Londres, y empezó a descuidar mucho los deberes de su religión. Todas las mañanas, al ir al trabajo, pasaba por delante de una capilla protestante en cuyo exterior solía haber un letrero impreso. En una de las ocasiones el letrero decía así: «Si Dios te hubiese amado lo mismo que tu le amas a Él, ¿dónde estarías?».

El primer día lo leyó sin reflexionar mucho sobre la frase. El segundo día se dijo a sí mismo: «¡Caramba!, hubiera sido terrible». El tercer día

tomó la resolución de cumplir con la Misa del domingo y la comunión mensual. *«Amemos, pues, a Dios, puesto que Él nos ha amado primero»* (1 Jn. 4,19).

197

La limosna

Entendemos por limosna toda ayuda que se presta a otros por motivos de caridad, y se identifica con las obras de misericordia. La Sagrada Escritura y los Santos Padres constantemente declaran con clarísimas palabras que los ricos están gravísimamente obligados por el precepto de ejercitar la limosna (Pio XI). Y ¿qué dice la Escritura? *«Encomendad a vuestros hijos que hagan obras de justicia, y den limosnas* (Tob. 14,11) *Buena es la oración acompañada del ayuno; y el dar limosna mucho mejor que tener guardados los tesoros de oro»* (Id. 12,8).

«Cuando hagas limosnas, no toques la trompeta delante de ti, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las esquinas, para que los hombres los alaben. En verdad os digo que ya recibieron su paga. Cuando tu hagas limosna,

no sepa tu izquierda qué hace tu derecha, de modo que quede tu limosna en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará» (Mt. 6,2-4).

«La limosna posee en cierta manera la virtud del bautismo, porque así como el agua apaga el fuego, de un modo análogo la limosna extingue el pecado» (San León Magno).

198

Mons. *Rivière,* Arzobispo de Aix es recibido en audiencia por Pio XI (diciembre 1927). El Arzobispo habla del Seminario que está construyendo. El Pontífice le dice: «Deseo darle para el Seminario». Saca de un cajón de su escritorio billetes de Banco. Eran precisamente billetes franceses. El Papa empieza a contarlos. Luego se detiene: «Se lo daré todo. La bondad de Dios tampoco tiene límites. No es lícito contar lo que Él da». Al agradecerle el Arzobispo el generoso donativo, Pio XI observa: «Quiero a los que me hacen posible el poder dar; pero quiero aún más a aquellos que me dan ocasión para hacerles un obsequio».

199

El célebre pintor *Eugène Delacroix*, buscando un modelo para una figura de mendigo, le encontró, según su ideal, en la persona del barón *J. Rothschild*. Este, amante de las artes, no tuvo por desdoro acudir al estudio del pintor, que le vistió de pobre auténtico. Salió un momento el artista, y entró entretanto uno de sus discípulos favoritos, que no conocía al barón. Creyendo que era un pordiosero verdadero, se movió a lástima y caritativamente le puso una moneda en la mano. El barón le dio las gracias, sin descubrirle quien era. Luego se enteró de que el joven tenía un gran talento, pero muy pocos medios para vivir. No tardó en recibir una carta el caritativo pintor con este contenido: «Hacer bien rinde interés...», y un cheque de 10.000 francos.

200

Hacia las nueve de la noche salía *Juan de Dios* y pasaba por las calles y plazas de Granada, pidiendo para sus pobres y diciendo en alta voz: «Hermanos, haced bien a vosotros mismos». También este mismo Santo, al lavar y besar los

pies a un pobre enfermo, vio en cada uno las adorables cicatrices de las llagas de Jesucristo, y oyó cómo el Señor le decía: «Cuanto haces a los pobres, a mi me lo haces...».

201

«Jesús está en cada enfermo, aunque sea malo, aunque le ignore... Jesucristo ha conocido y ha experimentado en su misma carne santísima toda la gama de los dolores humanos. Hasta ha querido como identificarse con todos los miembros doloridos de la humanidad. Sus discípulos lo verán a él mismo, su divino rostro, sus adorables llagas, a través de toda carne humana pálida por la fiebre, corroida por la lepra, consumida por el cáncer; y esta carne ensangrentada o fétida repugnante a la naturaleza, ellos llegarán a colocar sobre ella sus labios en un prlongado beso de amor, como hizo San Camilo, como hizo Santa Isabel, como hicieron San Francisco Javier y tantos otros santos» (Pio XII).

202

Un pobre hombre muy mal vestido pidió li-

mosna a una piadosa dama, la cual dijo a una de sus criadas: Dale una camisa. La criada le dio una de las más bastas y rotas. Dale otra mejor, dijo la dama. ¡Qué confusión sentiría el día del juicio si Jesucristo mostrase a todo el mundo una prenda tan vieja y rota!

203

De Franklin se cuenta, como un señor fuera a pedirle cierto día 25 dólares, él se los dio con esta condición: que cuando ya no los necesitase, buscara a otro necesitado y bueno y se los diera con la misma condición de seguir prestándolos a otro.

204

Respondió un día el obispo de Segovia, don Pedro de Castro, a cierto corregidor que le suplicaba minorase sus limosnas, porque andaba la ciudad, con su mucha largueza, llena de holgazanes. —Señor corregidor: a vuestra merced toca la parte de justicia y a mi la de la misericordia.

205

Pasa un viajero, un extranjero fastuoso, un cochero enriquecido, y una de las hermanitas se adelanta a él y le pide dulcemente: ¡Para nuestros ancianitos, si lo tiene a bien, señor! El extranjero la miró de arriba a abajo con desprecio, pronunció una palabra innoble y, volviéndose, le escupió en el rostro. Ella no se descompuso. No se movió una fibra de su bello rostro, se acordó de los salivazos a Cristo y, extendiendo otra vez la mano al miserable, le dijo mansamente: «Esto es para mi, señor; ahora deme algo para mis ancianitos!».

Quedaba un resto de corazón en aquel hombre; puso en aquella mano una limosna, le pidió perdón y, con la cabeza baja, se alejó.

206

¿Creéis que es caridad tropezar con un pobre que os importuna, meter con indiferencia la mano en el bolsillo y darle, para que os deje en paz, una moneda? ¿Creéis que el pobre no tiene corazón como vosotros? Una sonrisa, un apretón de manos, una palabra cariñosa, eso vale a veces más

que todas las monedas del mundo. Oid un hecho rigurosamente histórico.

Tendido en una esquina, un mendigo paralítico imploraba una limosna a los transeúntes mostrando su miseria. Pasó por allí un caballero y lo vio. En seguida metió la mano en el bolsillo y se encontró con que no llevaba encima ni una moneda. Entonces con voz amable le dijo: «Hermano mío, quisiera darte algo, por mi mala suerte, no llevo un céntimo».

Se llenaron de lágrimas los ojos del mendigo, que contestó: Gracias, señor; me ha dado usted con sus palabras mucho más que una limosna. ¡Hace tanto tiempo que en mi desgraciada vida nadie me ha llamado hermano!

207

En Inglaterra se acogió con gran caridad al pueblo francés desterrado por la revolución. Un lord inglés encontró a un sacerdote cuyo porte anunciaba una honrosa pobreza. Uno y otro subían la escalera de un observatorio. El inglés, de propósito, tomó la delantera y, con disimulo, dejó caer de su bolsillo cien guineas. El eclesiástico las recogió y se apresuró a devolvérselas.

No, monseñor, dijo el lord, quedaos con ellas; no han caído de mi bolsillo, ¡han caído de más alto!

208

Enrique IV yendo un día de caza, sintió una sed abrasadora y, perdido en un tupido bosque, vino a llamar a la puerta de una cabaña y pidió algo con que apagar su sed. El aldeano sin conocerle, cogió el único melocotón que pendía del árbol para dárselo. Algún tiempo después volvió el rey a la cabaña con sus vestidos reales y colmó de larguezas al que había sido tan generoso con él. —Así es Dios: no se deja vencer en generosidad y paga con creces todo el dinero que se emplea en servirle a Él.

209

Si podemos, debemos dar siempre al necesitado, porque honrando al pobre honramos a Jesucristo... Al pobre hemos de hacer limosna, no sólo material: el pan, el vestido..., sino también la espiritual, que es más preciosa: perdonar una injuria recibida, enseñar al que no sabe, instruir-

le en el bien, darle buen ejemplo... Seamos tan afables con el pobre como nos sea posible. El que tenga mucho que dé mucho, y si poco, dé poco; pero de buena gana... No apartes tu rostro de ningún pobre, parte tu pan con el hambriento, vestid al desnudo...

210

El buen ejemplo

Dice un adagio: Las palabras mueven, pero el ejemplo arrastra. No hay duda de que el ejemplo es el mejor predicador. Los hombres quieren hoy más que palabras buenos ejemplos. Un día dijo San Francisco de Asís a un fraile: «Hermano, salgamos a la ciudad, que tenemos que predicar un sermón». Salieron por las calles en actitud de profundo recogimiento; no se pararon en parte alguna, y Francisco no pronunció una sola palabra en todo aquel camino.

Al volver a casa, el Hermano preguntó a San Francisco: Padre ¿y el sermón? Hermano, contestó el serafín de Asís, ya hemos predicado. No hay sermón como el buen ejemplo. Donde quiera que ponía sus pies Francisco, humilde, mo-

desto, absorto en Dios, ardiente de amor, predicaba aun sin proferir palabra, y los hombres que lo veían, se movían a ser más puros, más sencillos, más buenos...

211

Illemo Camelli, socialista y revolucionario, y luego sacerdote católico, contando las etapas de su conversión, escribe: «Visité el santuario de la Virgen (en Locarno) para admirar el famoso cuadro de Ciseri; mas quedé impresionado al ver un señor, de cierta edad, de semblante grave, elegante y extranjero sin duda, que arrodillado rezaba en un rincón del templo. Le miré largo rato y quedé penetrado de un sentimiento inenarrable... ¡Qué cosa más extraña ese hombre que ora allí solo! En aquel santuario de la «Madonna» fue donde recibí el primer toque suavísimo de mi retorno a Dios.

212

Se refiere de Mons. Mermillot, Vicario de

Ginebra, que teniendo que predicar un Triduo a Jesús Sacramentado, fue oído por una protestante, y viendo con que fe y creencia hablaba del Santísimo Sacramento, quiso ésta comprobar si obraba así en la práctica, y a este fin se escondió en la parte atrás del templo, donde no pudiera ser vista por nadie, y al observar como Mermillot practicaba lo que decía por su compostura, recogimiento y modo de hacer la genuflexión ante el Santísimo, se movió a dejar el protestantismo, y se acercó al mismo Mermillot a que le administraba los santos Sacramentos...

213

Otro ejemplo parecido es el de *San Francisco de Sales.* Cuando predicaba en Chablais, una dama protestante, que apenas había oído dos o tres sermones se convirtió al catolicismo. Lo que la movió a dar tal paso fue el observar de cerca el tenor de vida del santo obispo. La dama que era de Ginebra, al volver a su ciudad fue interrogada por un pastor protestante: cómo había podido saber que tienen razón los católicos y no los protestantes, siendo así que no estudió teología. Ella contestó: «Mi única respuesta es que he

querido tener la misma religión que el señor de Sales». ¡La fuerza del ejemplo!

214

Otra vez en Portugal, queriendo el infante Cardenal (que después fue rey de Portugal) que predicase mi padre S. Francisco de Borja, y diciéndole que estaba cansado, porque había venido de camino; respondió el Infante: No quiero que predique, sino que suba al púlpito, y que vean al que dejó cuanto tenía por Dios. Eso es lo que predica, y lo que hace fruto en las almas. Más que las palabras, el ejemplo y santidad (P. Rodríguez).

215

Llaman en la India a un misionero para que atienda a un leproso. Este yace en un jardín; en la casa su hijo banquetea con alegres amigos. Desde hace treinta horas el leproso no recibió comida. El misionero le atiende con cariño. El pobre enfermo queda admirado al experimentar tal ejemplo de misericordia. El misionero le habla de Dios, de Jesucristo... «Oh, enséñame tam-

bién a mi esta fe, ayúdame para que pueda llegar a Dios». El misionero enseña las verdades de la fe a aquel pobre abandonado, que muere resignado y feliz después de recibir el santo bautismo.

216

Una niña tuvo que ser operada en un hospital. Hubo que narcotizar a la pequeña. El médico alentó a la niña: «Ahora vamos a curarte; pero antes de curarte has de dormirte». «¿Ah, sí? contestó la niña; pues si voy a dormir, antes quiero rezar la oración de la noche».

Y allí, en la mesa de operaciones, entre médicos y asistentes, en voz alta, rezó su oración. Los ojos de los médicos se arrasaron en lágrimas, vivamente emocionados, y uno de ellos confesó más tarde: «Entonces, después de treinta años de no hacerlo, también yo volví a rezar».

217

Sucedió en una casa de comunidad, en un convento de monjas. Una de las novicias cometió una falta grave contra la obediencia y la disciplina. La superiora se puso pálida al oír el re-